

Filipinas, empresa que se cometió al virey de Méjico Don Luis de Velasco, y que llevó á cabo el almirante Miguel de Legaspi, natural de Vizcaya. Algunos religiosos de San Agustín, compañeros de Legaspi en aquella trabajosa navegacion, fueron los que introdujeron la Religion cristiana en los pueblos salvages de Luzon y de Cebú, en cuya última isla edificaron la primera iglesia que tomó el nombre de una imagen del Niño Jesus que encontraron en ella, perdida tal vez en la espedicion de Magallanes. El establecimiento de la religion en aquellas islas fue como un preparativo de las grandes empresas que verificaron despues los misioneros españoles en las vastas regiones del Japon y de la China, y que continúan aun al presente en este último imperio. Por cuyo motivo no dudamos repetir lo que el continuador del padre Mariana traslada en el capítulo diez del libro sexto de su historia, tomado del célebre Tomás Bozio: »desde que Adán tuvo hijos, dice, no ha habido nacion alguna que haya atraído á tantas naciones, tan diferentes en sus costumbres y en su culto, al conocimiento de la única religion verdadera, ni que las haya reducido á la observancia de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nacion española. Apenas podrá ninguno numerar la variedad de gentes y de costumbres enteramente opuestas entre sí que los españoles subyugaron á su imperio, á la Religion de Jesucristo y al culto de un solo Dios.»

Otros dos sucesos extraordinariamente ruidosos ocurrieron en el citado período, los cuales son mas propios de la historia civil, y pertenecen á aquella clase de hechos cuya verdad jamás se ha llegado á conocer perfectamente, quedando en parte oculta bajo un velo impenetrable. Tal fue principalmente la prision y muerte del Príncipe Don Carlos, á la que siguió despues la célebre

causa del secretario de D. Juan de Austria, Juan Escovedo, y la del ministro del mismo Felipe II, Antonio Perez. Pueden verse estos sucesos extraordinarios en la citada continuacion del padre Mariana, como tambien las nuevas guerras de Flandes, la conquista de Portugal y la desgraciada espedicion de la *Invencible* contra Inglaterra. Esta fatalidad que llenó de consternacion á toda España, sirvió para que manifestase Felipe su genio superior á la adversidad. Su respuesta á los que le trajeron la noticia fue: *yo no envié mi escuadra á pelear contra los vientos; y luego mandó á todos los obispos que tributasen gracias á Dios porque le habia conservado algunos restos de la armada.*

Mostrándose en todas ocasiones Monarca generoso y padre de sus pueblos, empleó inmensas sumas en fomentar la agricultura y promover las artes, y dispensó tan particular proteccion á los sábios, que la aplicacion á las ciencias era el medio mas poderoso para obtener sus favores. Celoso de la grandeza y magestad del culto divino, edificó á su costa colegios, monasterios, iglesias y hospitales, y reedificó tan gran número de ellos que seria obra muy prolija referirlos todos por menor. Uno de los colegios que mas honran su memoria fue el de los jesuitas, erigido en Madrid con la advocacion de San Pedro y San Pablo. Entre las iglesias, la de la Trinidad puede decirse que fue obra propia suya, pues él mismo trazó los planes, y espendió cuantiosas sumas de su real patrimonio para la conclusion. Pero la mas admirable de las obras de Felipe fue el real monasterio del Escorial, dedicado á San Lorenzo por haber acaecido en el dia de este insigne mártir español la victoria que consiguió en la batalla de San Quintín. Este monumento, dice un historiador extranjero, muestra la piedad y poder del Soberano que le

erigió, así como su gusto por las bellas artes. Costó, según afirma el padre Andrés Jiménez, cinco millones, doscientos sesenta mil, quinientos y setenta escudos. Su biblioteca, que es una de las más preciosas y abundantes que se conocen, fue formada en su mayor parte al gusto del fundador, quien la enriqueció con libros muy esquisitos. Procuró asimismo impetrar de los Papas la erección de algunas nuevas diócesis. A su solicitud y por la autoridad del santo Pontífice Pío V se estableció la silla episcopal de Jaca, desmembrando su territorio de la diócesis de Huesca, y siendo nombrado por su primer obispo D. Pedro de Fraga, natural de Aragón, que asistió como obispo de Cerdeña al santo concilio de Trento. Fue condecorada también Balbastro con silla episcopal, separándola igualmente de la de Huesca, y tuvo por primer obispo á fray Felipe de Gurrea, del orden de Santo Domingo. Trató á más de dar cumplimiento al decreto con que el Papa Julio III había erigido en obispado la ciudad de Orihuela, nombrando en el año 1566 por su primer obispo á D. Gerónimo de Gallo; y obtuvo por último que se elevase la silla de Burgos á la dignidad de metrópoli.

Esta constante aplicación de Felipe al gobierno interior de sus estados y á labrar la felicidad espiritual y temporal de sus pueblos, no le impedía sin embargo atender á las relaciones con los países extranjeros que cada día se complicaban más y más. Había extendido sus pretensiones al reino de Francia, de lo cual y de haber ocupado aquel trono Enrique IV, jefe hasta entonces y acérrimo defensor de la causa de los herejes, tomó principio una nueva guerra entre estos dos Monarcas. Protegiendo el de Francia la sublevación de los flamencos, había prolongado la lucha en aquella parte de los estados de Felipe, por lo cual

disponía éste numerosas fuerzas para reducir la Holanda y hacer entrar en razón al Monarca francés; pero como su avanzada edad no le permitiese seguir esta grande empresa, cedió los Países-Bajos á su hija mayor la Infanta Doña Isabel, con la idea de casarla con el archiduque Alberto. Finalmente, hizo la paz con el Rey de Francia sintiéndose ya herido de una grave enfermedad. Consumido de una calentura lenta por espacio de tres años, y atormentado con los agudísimos dolores de la gota á que se añadió después la hidropesía, conoció que se acercaba el día de su muerte, ordenó que le llevasen al Escorial, y habiéndole advertido que la agitación del camino le pondría en peligro de morir, respondió: *Yo mismo seguiré mis funerales hasta el sepulcro.* Vivió aun cincuenta y tres días postrado y lleno de llagas, y en todo este tiempo se mantuvo invencible y uniforme su ánimo contra aquella multitud de dolores y miserias, conservando la serenidad de su semblante. Entretanto enviaba dones y ofrendas á las iglesias y santuarios á fin de aplacar á Dios, que era el objeto de todas sus oraciones, y en todas partes se hacían fervorosas rogativas por su salud. Lavaba frecuentemente las manchas de su alma por medio de la confesión, protestando que quería descargar su conciencia, y no omitir para esto diligencia alguna. Comulgó muchas veces con admirables demostraciones de piedad y gran recogimiento de ánimo, que se manifestaba aun en su mismo rostro. Para disponerse al último combate, pidió con mucha instancia el santo sacramento de la extremaunción, la que le administró el arzobispo de Toledo, y la recibió con tanta tranquilidad de ánimo en medio de los crueles dolores que sufría, que parecía estar enagenado de todo sentido. Mandó á su hijo y heredero que se hallase presente á este acto: »para

que entre la magestad y elevacion peligrosa del trono se acordase que era mortal, y que llegaría el dia en que se viese en el mismo lance; por lo cual debía tener siempre á la vista el ejemplo de su padre, para que él mismo lo practicase cuando se hallase en igual estado." Conversaba algunas veces con varones pios y religiosos, discurriendo sobre el desprecio del mundo y su miseria, sobre la separacion del alma de los vínculos y lazos del cuerpo, sobre la estrecha cuenta que habia de dar al Juez supremo, y sobre otras cosas semejantes, con grande entereza de ánimo. Dos dias antes de morir llamó á su presencia al Príncipe D. Felipe y á la Infanta Doña Isabel, y les echó su bendicion. Encargóles con el mayor cuidado que guardasen y defendiesen la Religion católica, y les dió muy saludables consejos para el buen gobierno del reino y para vivir santamente. Despues arregló y dispuso el orden que se habia de observar en sus funerales y entierro, que en todo habia de ser comun y vulgar, y otras prevenciones relativas á su última partida. Hizo tambien que le llevasen á su cuarto el ataud en que habia de ser depositado su cuerpo, y que se le pusieran delante, para considerar en aquel triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida. Por último, cuando conoció que se le iban acabando las fuerzas, mandó que le llevasen un Crucifijo que su padre el César Carlos tuvo en su mano al tiempo de espirar, y teniéndole en la diestra, y en la izquierda una vela encendida con la imágen de la Virgen María que se venera en Monserrate, bañado todo en lágrimas, y con un afecto fervoroso imploró la divina clemencia y el perdon de sus culpas. Sus últimas palabras fueron que moria católico é hijo obediente de la Iglesia romana. Luego que dejó de hablar, volvió los ojos al Crucifijo que tenia en su mano, y

de este modo espiró tranquilamente el domingo 13 de Setiembre al amanecer, hallándose á los setenta y un años de su edad.

La mayor parte de los historiadores estrangeros nos presentan á Felipe II como un Príncipe sanguinario, que sacrificó innumerables víctimas al fanatismo religioso, y que llenó de luto y de desolacion los Países Bajos, la Inglaterra, la Francia y aun la misma España; pero basta lo dicho para conocer el espíritu de partido que dirigia la pluma de semejantes escritores. Felipe fue verdaderamente, como dice el padre Miñana en su elógió, un gran Rey, cuyo poder admiraba y temia todo el orbe. Sin embargo, en tan elevada fortuna fue modesto, prudente, grave, piadoso y tan amante de la verdad que no podia tolerar que ninguno mintiese ni aun en chanza. Fue mucho mas célebre por su talento en el manejo y despacho de negocios desde el retiro de su gabinete, que en la pericia militar, cuya profesion aborrecia en cierto modo, ó por natural carácter, ó por el contrario hábito de dirigir todas las cosas con la pluma lejos del tumulto de la guerra, ó por uno y otro. Acostumbrado, pues, desde niño á la corte y al exámen de los negocios civiles, era muy poco inclinado por su naturaleza al estruendo de Marte, y estaba persuadido que la Magestad régia no debia sostenerse con la fuerza, sino con el consejo apartado del peligro. Tenia además otras causas que le retraian de la milicia personal, pues la dilatada estension de su imperio que abrazaba las dos estremidades del orbe, exigian de él que repartiese sus cuidados en tan varias y tan distantes regiones, y que su espíritu se hallase en todas partes. Punzábale tambien el cuidado y solicitud de corregir y arreglar muchas cosas así sagradas como profanas, que con las largas ausencias de su padre y sus continuas guerras en países remotos,

se hallaban abandonadas y descuidadas, y finalmente los excelentes generales que se educaron en las compañías del César, desempeñaban tan cumplidamente su ministerio, que de ningún modo era necesaria su presencia; pero con su gran juicio y prudencia dirigia las operaciones de todos. Por esto, pues, hizo las guerras por medio de sus tenientes, las que ciertamente fueron perpétuas contra los enemigos de la Religión católica, y era tal su piedad, que jamás pudo resolverse á hacer paces con ellos. La perspicacia de su talento le adquirió el renombre de prudente. Solo se echaba de menos en él la popularidad paternal, y algo de mas suavidad en su trato.”

A mas de las obras que hasta aquí hemos mencionado, estableció un archivo general en la fortaleza de Simancas, habiéndola añadido nuevas obras, y cuidó que se recogiesen en él las escrituras y documentos públicos, así sagrados como profanos que antes se hallaban dispersos en muchas partes, y que se custodiasen con gran diligencia. Hizo fortificar y guarnecer las costas de América y de España, erigiendo en ellas fortalezas y atalayas para alejar á los piratas; y finalmente fabricó astilleros, puertos y otras innumerables obras públicas para el resguardo y defensa de estos reinos. Recogió, alimentó y socorrió á los obispos ingleses, irlandeses, griegos y armenios espulsos de sus diócesis, y á todos los católicos perseguidos, con una piedad digna de eterna alabanza, de tal modo que España era el hospicio y asilo de todos cuantos padecian por causa de religion. Reprimió con mucha severidad, y aun estinguió enteramente los perniciosos partidos de los grandes. Mandó á los consejeros que vistiesen la toga, para que este traje les conciliase la veneracion y respeto de todos. Anuló por medio de una pragmática los vanos títulos,

que con excesivo fausto y arrogancia se atribuian los nobles unos á otros, y señaló el tratamiento que correspondia á cada clase, imponiendo penas á los contraventores. Fue aficionado al estudio de la matemática, de la historia y de la filosofía moral. La estatura de su cuerpo era regular y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que despues se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y en que se manifestaba la magestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente, todo su exterior era venerable y lleno de decoro.

Celebradas sus exequias, su hijo y sucesor Felipe III escribió en el mismo dia al Sumo Pontífice dándole noticia de la muerte de su augustó padre, y rogándole con encarecidas súplicas que le tuviese en lugar de hijo. No solo fue llorada la muerte de Felipe II en todos los dominios de España, sino tambien en muchas partes de Europa, cuyos Príncipes no podian olvidar los beneficios que de él habian recibido. Distinguióse en particular el Soberano Pontífice Clemente VIII con todo el sagrado colegio, en la espresion de sentimiento que le causó tan funesta nueva. Veia estinguido en la muerte de Felipe el primer Monarca del mundo, el mas firme apoyo de la Religión, y el Príncipe mas adicto á la Cátedra de San Pedro. Mandó, pues, Clemente celebrar sus funerales con extraordinaria magnificencia, y manifestó despues cuánto apreciaba y respetaba la memoria de Felipe con los honores que dispensó á sus augustos hijos, los Reyes de España y los Príncipes de Flandes.

Durante este reinado se celebraron en España algunos concilios, cuyo principal asunto fue la aceptacion de los decretos de Trento. Cristóval de Sandoval, obispo de Córdoba, presidió el

de Toledo, por hallarse en Roma el arzobispo Carranza. Gaspar de Avellaneda, arzobispo de Santiago, juntó en Salamanca el que fue llamado compostelano provincial; en Granada le congregó su arzobispo Pedro Guerrero; en Zaragoza Don Alfonso de Aragon, y Don Martin de Ayala en Valencia. Tuviéronse todos estos concilios en los años 1565 y 1566, y fueron despues aprobados sus decretos por la Sede apostólica, como consta mas por estenso en la coleccion del cardenal de Aguirre. En 1581 se celebró otro concilio provincial en Toledo, al que concurrieron siete obispos, dos abades y algunos procuradores de los prelados ausentes. Presidió en él el cardenal Don Gaspar de Quiroga, y se establecieron bajo su direccion muchos decretos pertenecientes á la disciplina y al bien espiritual de los fieles. Asistió á este concilio entre los procuradores de las iglesias Don García de Loaisa, ilustre por su sabiduría y santidad, á quien nombró despues el Rey Don Felipe para maestro del Príncipe su hijo. Seria preciso trasferir aquí todas las actas de estos sínodos para manifestar de lleno la doctrina y el espíritu de celo que tanto resplandeció en aquellos prelados. Apenas se podrá notar cosa alguna perteneciente á las costumbres del clero en particular y de todos los fieles en general, para la que no dictasen reglas exactas y de todo punto conformes á la santa reforma obrada en Trento. Viéronse establecidas en España y aplicadas á la conducta de los diferentes estados de su iglesia las máximas é instrucciones del grande arzobispo de Milán, que tan justamente celebra Berault en su historia; y serán en todos tiempos un monumento que atestiguará la santidad y sabiduría del obispado español, las sinodales formadas en el siglo diez y seis por los primeros prelados de nuestra nacion.

Reduciéndonos á hacer una sucinta memoria de los mas distinguidos de estos prelados y de los mas santos de sus cooperadores, se nos ofrece en primer lugar nuestro santísimo arzobispo Tomás de Villanueva. Nacido á fines del siglo quince, y educado desde su niñez en la piedad, dió ya entonces claras muestras de su futura perfeccion. La caridad y misericordia para con los indigentes parecieron haber nacido con él; tan admirable se manifestó en estas virtudes desde muy tierno! Concluidos sus estudios en Aldalá de Henares, y habiendo abrazado la vida religiosa en la orden de San Agustin, llenó tan cumplidamente todos los deberes de un perfecto religioso, que no solo restableció con su egeemplo el fervor de los primeros hijos del grande obispo de Hipóna, sino que tambien promovió en muchos conventos de la península la reforma de su orden. Elegido despues para el arzobispado de Granada, supo vencer con su humildad y constancia el empeño y firmeza con que le mandaba su Soberano obedecer; mas de allí á poco vióse precisado por un precepto del Sumo Pontífice y de sus superiores regulares á ocupar la silla metropolitana de Valencia. Su vida como arzobispo fue consiguiente á la humilde repugnancia con que se habia opuesto siempre á su promocion. Resplandeció sobre todo en el celo por la defensa de la libertad eclesiástica y restablecimiento de su disciplina; pero la virtud característica de este digno sucesor de los Apóstoles fue la caridad con los pobres y afligidos, en la que fue tan extraordinario que, despues de haber repartido las cuantiosas rentas de la mitra y hasta sus cortos muebles, hallándose próximo á morir dió á un padre de familias necesitado su propia cama, que era lo único que le habia quedado, y ordenó que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehusaron sus domésticos

hacerlo, y entonces pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le prestase por un corto espacio aquella misma cama, en que espiró á 8 de Setiembre de 1556. Mandó que le enterrasen en la iglesia de nuestra Señora del Socorro de religiosos agustinos, donde se venera aun su sagrado cuerpo. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos colegios, siendo el principal de todos el de la Presentacion de María Santísima, que vulgarmente se llama de Santo Tomás, del cual han salido varones insignes en piedad y sabiduría. Todavía se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca, y los hombres doctos hacen grande aprecio de los sermones latinos de este Santo, verdaderamente piadosos y de una sólida elocuencia.

En el mismo año que Santo Tomás de Villanueva falleció Don fray Bartolomé de las Casas, natural de Sevilla, del orden de Santo Domingo, á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en liberrar á los indios oprimidos contra toda justicia, y consiguió con sus representaciones y celosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos hombres miserables, ó por mejor decir, que ratificase la que les había declarado Don Fernando el Católico. Fue electo obispo de Chiapa; pero permaneció poco tiempo en su diócesi, porque no podía tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por algunos españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el obispado, regresó á España, donde no cesó de reprender con sus escritos los excesos que se cometian en América. Se le ha criticado varias veces de sobrada vehemencia y ardor en sus apologías por los americanos; pero sea lo que fuere de sus expresiones y de su estilo lleno de fuego, lo cierto es que dió ocasion al Emperador y al Rey Felipe II para que dictasen las leyes mas

sábias, justas y paternales para el gobierno de sus súbditos del Nuevo-mundo.

El dolor que afligió á la iglesia de Valencia en la muerte de su santo prelado Tomás de Villanueva, fue de corta duracion; pues le deparó el Señor en su misericordia un dignísimo sucesor (aunque no inmediato) de aquel modelo de pastores en el beato patriarca y arzobispo Juan de Ribera. Este nobilísimo español, nacido en Sevilla en 1532, y manifestando desde sus primeros años una inclinacion decidida á todas las prácticas de piedad, y una aplicacion y gusto exquisito en las ciencias, no solo supo conservar, sino que aumentó con sus ilustres hechos, doctrina y santidad la nobleza del linage que habia heredado de sus padres. Era tan exacto en la práctica de las virtudes cristianas, que el maestro bajo cuya direccion estudiaba las ciencias sagradas en la universidad de Salamanca acostumbraba á decir de él, que Dios le habia destinado para corregir con su egeemplo los vicios, y reformar las costumbres de sus coetáneos. Este género de vida y la fama de doctrina que en breve adquirió en aquella universidad, le merecieron que el Papa, á instancias de Felipe II, le promoviese al obispado de Badajóz, aun antes de la edad de treinta años prescrita por los cánones. Gobernó su obispado qual otro Timoteo, sin separarse en lo mas mínimo de las instrucciones que daba el Apóstol de las gentes á aquel jóven obispo. En el concilio provincial compostelano esplicó con tanto acierto los deberes del clero y todo lo perteneciente á los oficios eclesiásticos, que llenó de admiracion á los demás padres del sínodo, y fue el principal autor de los sábios decretos que se establecieron en él. Su fama se estendió por todas partes, de suerte que movido el santo Papa Pio V de las noticias de la sabiduría y santidad de

Juan, publicó sus alabanzas en un consistorio de cardenales, le condecoró con el título de patriarca de Antioquia, y le trasladó poco después de la silla de Badajoz á la metrópoli de Valencia. No es posible reducir á compendio las grandes acciones que executó nuestro dignísimo prelado en la ciudad y en toda la diócesis, ya como arzobispo, ya como virey y capitán general nombrado por Felipe III á pesar de su repugnancia. A él debe el reino de Valencia la total espulsion de los moriscos, obra que le costó inmensos trabajos y que llevó á cabo con su celo y vigilancia pastoral. Las frecuentes visitas de su diócesis, la predicacion de la palabra de Dios, la administracion de los sacramentos, la celebracion de concilios, el socorro de todos los necesitados en que espendió la mayor parte de su pingüe patrimonio, la reparacion de algunas iglesias y la construccion de otras nuevas: tales fueron las obras en que se ocupó diaria é incansablemente por espacio de cuarenta y nueve años hasta el último momento de su vida. Pero entre todas sus virtudes resplandeció singularmente su tierna devocion al augusto Sacramento de los altares. Deseoso de promover su culto, no se contentó con emplear él mismo cotidianamente muchas horas en su adoracion, y en no dejar pasar un solo dia sin celebrar el santo sacrificio, sino que tambien y para escitar á los demás edificó con inmensos gastos la suntuosa obra del colegio llamado *Corpus Christi*, y que ahora se apellida comunmente del Beato Patriarca; y procuró alcanzar del Sumo Pontífice un gran número de indulgencias á favor de todos los que visitaren devotamente la iglesia de dicho colegio en determinados dias. Fijó él mismo su morada en el citado colegio, donde por fin murió el dia que habia predicho, á saber, el 4 de Enero de 1611. Su sepulcro ha sido ilustrado

con repetidos milagros, que confirmaron despues de su muerte la opinion de santidad que gozaba ya en vida, y por la que le respetaron tanto todos los grandes hombres de su tiempo, entre los que se deben contar especialmente los Papas San Pio V, Clemente VIII y Paulo V, el cardenal arzobispo de Milán San Carlos Borromeo, y los santos religiosos Luis Bertran y Nicolás Factor. Fue beatificado solemnemente por Pio VI, á 18 de Setiembre de 1796.

La época en que gobernó el beato Juan de Ribera la santa iglesia de Valencia, parece que fue destinada por el cielo para derramar sobre esta porcion del rebaño de Jesucristo el lleno de sus misericordias, suscitando en ella un gran número de Santos y hombres venerables que ahora adornan ya sus altares. Uno de éstos, y el mas estrechamente unido con el beato Patriarca fue San Luis Bertran, otro de los Santos mas ilustres que ha tenido la orden de predicadores. Nació en Valencia á principios del año 1527, y á los diez y ocho años de su edad tomó el hábito en el convento de Santo Domingo de la misma, edificando y admirando á todos los religiosos con sus tempranas virtudes y con su asombrosa penitencia. No bien habia concluido sus estudios, cuando pidió y obtuvo licencia de su general para ir á predicar el Evangelio en las Indias occidentales. Su vida en aquellas regiones fue la de un apóstol, y el fruto de sus predicaciones correspondió admirablemente á su grande celo: dicese que en un solo dia bautizó en Nueva-Granada mil y quinientos infieles. Vuelto á su pátria, volvió á edificarla con sus virtudes: fue el modelo de sus hermanos, el consuelo de los fieles, y el amigo de los grandes Santos que entonces habia enviado el cielo á Valencia. Murió rodeado de ellos en 1581, y antes de treinta años